

# DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE CHILE EN LA CEREMONIA INAUGURAL DEL X CONGRESO CHILENO DE CIENCIA POLÍTICA

*Address by the Rector of the Universidad Central de  
Chile at the opening ceremony of the X Chilean  
Congress of Political Science*

Rafael Rosell Aiquel

*Universidad Central de Chile*

*Santiago de Chile, 17 de octubre de 2012*

*Salón Plenario del ex Congreso Nacional de la República*

Para la Universidad Central es de una gran satisfacción inaugurar este décimo Congreso de Ciencia Política de la Asociación Chilena de Ciencia Política y poder aportar al desarrollo de este encuentro.

En este contexto me permito realizar una reflexión que pretende aportar desde una perspectiva de observador involucrado con los destinos de su país, de la educación superior y desde la ciencia política.

Como ustedes saben, Chile ha cambiado de cara. Lo ha hecho materialmente y subjetivamente, triplicando su PIB en 20 años y manteniendo preocupantes brechas de desigualdad, pero en un contexto de nuevas generaciones que cuestionan fuertemente la desigualdad y la apropiación de los excedentes económicos, como asimismo de movimientos sociales regionales que hacen presente su insatisfacción con los modelos centralistas de decisión política.

En este relato se hace más evidente que la actividad política es parte de la ciudadanía que se interesa por los procesos de deliberación y construcción de las instituciones sociales. Este tipo de interés participativo puede obstaculizar las racio-

nalidades políticas que se desarrollan en los centros de poder, pero, sin duda, benefician que esas decisiones se hagan considerando el interés general de los ciudadanos.

Para el caso chileno lo anterior es importante, pues la despolitización de las sociedades es la base del deterioro de la democracia, como también lo puede ser su hiperpolitización. Cuando se distorsiona la representación popular por motivaciones propias del siglo pasado y por medio de mecanismos que fueron impuestos —léase el sistema binominal de representación electoral—, no se logró la despolitización y la apatía ciudadana, sino más bien —parece ser— se estableció un respiro a la incesante conflictividad social que requiere de la política para darle un ordenamiento legítimo. Cuando la política se pensó como una técnica o como una lógica similar a la del mercado, según se dijo en su momento, mostró el grado de despolitización a que había llegado y su cristalización en una función de administración del estado de cosas.

Lo anterior es preocupante, porque el enclaustramiento del sistema político respecto de lo que acontece en la sociedad igualmente puede anunciar la crisis del sistema democrático. Las encuestas para el caso chileno muestran una persistente incredulidad en los políticos, sus instituciones y sus proyectos de sociedad, lo que pone en el centro una de las preocupaciones centrales de nuestra universidad: la calidad de la democracia y sus instituciones para fortalecer un proyecto colectivo de sociedad.

América Latina vive el período más prolongado de regímenes mayoritariamente democráticos. Son diversos e imperfectos, pero claramente superiores a la mancha autoritaria que cubrió el Cono Sur y Centroamérica por décadas. Lo anterior no puede implicar la autosatisfacción inoperante que hace impotente al sistema político para leer las transformaciones que orientaron el cambio en las sociedades latinoamericanas. Lo que ayer fue bueno, hoy no necesariamente es lo adecuado y lo que antes fue tolerado, ahora se convierte en inaceptable para la ciudadanía.

Este proceso de transformaciones es amplio y profundo, más que coyuntural o pasajero, pues se anida en un cambio cultural que recorre la región y que está asociado a los amplios niveles de cobertura escolar y crecimiento de la educación superior, en los procesos de urbanización masiva, en la extensión de los servicios sociales, entre otros factores. De la misma manera, se vislumbra dicho fenómeno en las diferentes formas de apertura hacia nuevos tipos de inclusión política, social y cultural por parte de los Estados nacionales, en los cambios en las institucionalidades políticas por métodos democráticos variados y por la conciencia cada vez más extendida de que hay nuevos desafíos asociados a la defensa de la vida, el medioambiente, la pluralidad cultural y los derechos humanos, que son temas que traspasan los estratos sociales e identidades nacionales.

En definitiva, lo que estoy afirmando es que se han producido condiciones materiales y subjetivas para que lo político y la política se revitalicen, la ciudadanía se reactive y el sentido de pertenencia se haga más potente incentivando a las personas a reconstituir su memoria social, sus lazos comunitarios para volver a pensar que sus condiciones de existencia pueden ser modificadas si algo hacen por sus vidas.

Los gobiernos latinoamericanos, más allá de sus conformaciones políticas, están obedeciendo a esas nuevas condiciones y lo que falta delinear son las respuestas alternativas, que permiten generar un nuevo orden menos desigual, más inclusivo y que asegure las libertades democráticas efectivas, porque los ciudadanos se sienten parte de esa construcción.

Es en este sentido, que nuestro modelo de universidad —cuya institucionalidad permite estructuras precisas de participación, donde su propiedad no radica en algún individuo en particular, sino en una corporación privada sin fines de lucro administrada por sus académicos— crea las condiciones propicias de representación y conocimiento real de esta sociedad y sus complejidades. Por ello, el sentido de urgencia de avanzar en las respuestas a los desafíos que hay por delante, es un compromiso asumido por nuestra casa de estudios con el país, como protagonistas en la construcción permanente de una sociedad más democrática y solidaria.

Muchas gracias.